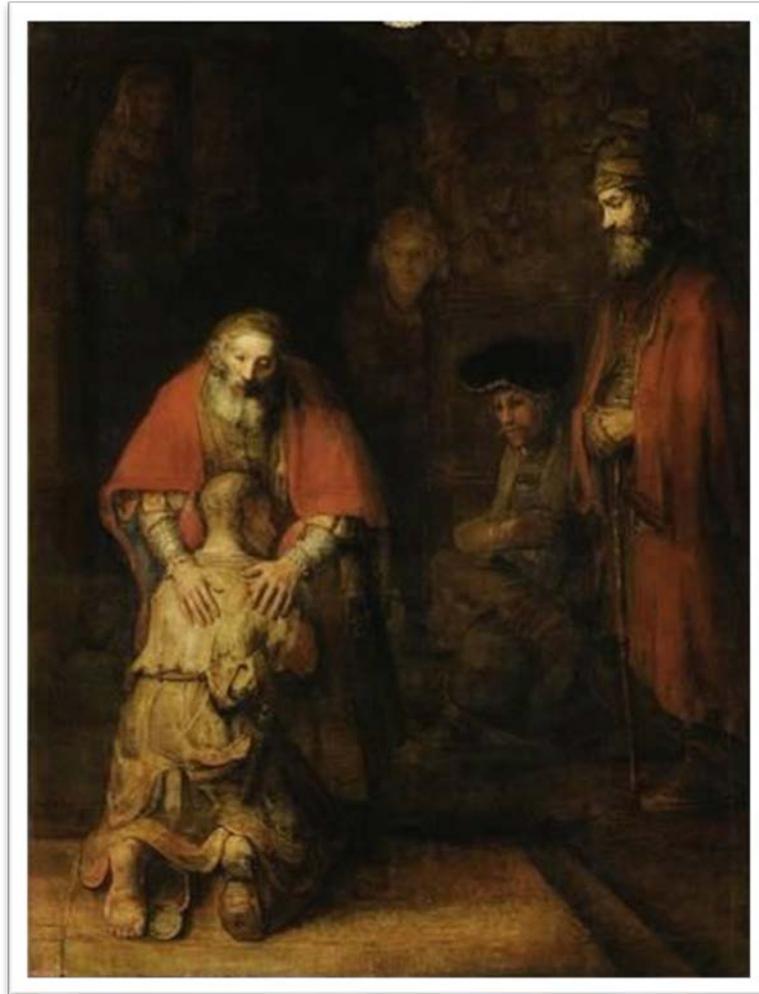


***“EL RETORNO DEL HIJO PRÓDIGO” DE
REMBRANDT (LC 15,11-32)***

*“Estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba
perdido y ha sido hallado”*



Estimados amigos de la Biblia

El texto bíblico que hoy nos ocupa es el del “Hijo pródigo”, también llamado por muchos del “Padre misericordioso”.

Esta vez nuestra reflexión va a tener dos partes y, por lo tanto, dos comentarios:

- *EL PRIMERO (este) se va a centrar en el cuadro titulado “El retorno del hijo pródigo” que Rembrandt pintó hacia 1662.*

- *EL SEGUNDO* será sobre el texto bíblico (Lc 15,11-32).

LA HISTORIA DE REMBRANDT (1606-1669)

Extraigo este resumen biográfico del pintor del libro de H. Nouwen titulado: "El regreso del hijo pródigo", p. 20-23.

Rembrandt pintó el Hijo Pródigo en los últimos años de su vida... Cuanto más leo sobre ella, más la veo como la declaración final de una vida tumultuosa y atormentada... El Hijo Pródigo muestra la percepción del pintor sobre sí mismo a una determinada edad, una percepción en la que la ceguera física y una profunda visión interior están íntimamente relacionadas. La forma... como el anciano padre abraza a su hijo exhausto, revela una visión interior que recuerda las palabras de Jesús a sus discípulos: "Dichosos los ojos que ven lo que veis" (Lc 10,23)... El padre del hijo que vuelve a casa lleva dentro de sí esa misteriosa luz que le hace ver. Es una luz interior, escondida en lo profundo, pero que irradia una luminosidad que impregna toda esa tierna belleza.

Esta luz interior, sin embargo, estuvo escondida durante mucho tiempo. Durante años permaneció inaccesible para Rembrandt. Sólo gradualmente y a través de mucha angustia, pudo descubrir esa luz en su interior... Antes de ser

como el padre, Rembrandt fue durante largo tiempo como el joven orgulloso que "recogió sus cosas, se marchó a un país lejano y allí despilfarró toda su fortuna viviendo como un libertino."

Cuando miro los autorretratos que Rembrandt dibujó con tanta profundidad en sus últimos años..., no puedo olvidarme de que cuando Rembrandt fue joven tenía todos los rasgos del hijo pródigo:



descarado, autosuficiente, manirroto, sensual y muy arrogante.

Cuando tenía treinta años (1635), se hizo un autorretrato con su mujer Saskia, representando al hijo perdido en un burdel ("El hijo pródigo en la taberna"). Allí no hay vida interior. Borracho, con la boca medio abierta y los ojos ávidos de lujuria, mira con desdén a los que observan el retrato..., como si quisiera decir: "¿A que es divertido?" Con la mano derecha levanta una copa medio vacía, mientras con la izquierda toca la espalda de su esposa que mira con ojos no menos impúdicos. El pelo largo y rizado de Rembrandt, el sombrero de terciopelo con esa enorme pluma blanca, y la espada envainada en una funda de cuero con empuñadura de oro rozando la parte trasera de los dos juerguistas, deja fuera de toda duda sus intenciones... Pensando en el joven Rembrandt de este autorretrato como el hijo pródigo, me parece casi imposible que sea éste el mismo hombre que, treinta años después, se pintara con aquellos ojos que penetran tan profundamente en los misterios ocultos de la vida.

Es más, todos los biógrafos de Rembrandt lo describen como un joven orgulloso, plenamente convencido de su talento y ansioso por conocer todo lo que el mundo tiene que ofrecerle; un extrovertido amante de la lujuria e insensible a cuantos le rodean. Sin ninguna duda, una de las mayores preocupaciones de Rembrandt fue el dinero. Ganó mucho, gastó mucho y perdió mucho... Los autorretratos que pintó entre los veinte y muchos y los treinta y pocos años, reflejan un Rembrandt hambriento de fama y adulación, aficionado a costumbres extravagantes... y que lleva sombreros extravagantes, boinas, cascos y turbantes..., lo que revela un carácter arrogante...

Sin embargo, a este corto período de éxito, popularidad y riqueza le siguió otro de dolor, desgracia y desastre. Sería agotador tratar de enumerar la cantidad de desgracias ocurridas en la vida de Rembrandt. Realmente, no son muy diferentes a las del hijo pródigo. Después de perder a su hijo Rumbartus en 1635, a su primera hija Cornelia en 1638, y a su segunda hija Cornelia en 1640, su mujer, Saskia, a quien

amó y admiró profundamente, muere en 1642. Rembrandt se queda sólo con su hijo de nueve meses, Titus. Tras la muerte de Saskia, la vida de Rembrandt sigue marcada por incontables problemas y desgracias. A una relación desgraciada con la niñera de Titus, Geertje Dirckx..., le sigue una unión más estable con Hendrickje Stoffels. Ella le dio un hijo que muere en 1652 y una hija, Cornelia, la única que le sobrevivirá.

Durante aquellos años la popularidad de Rembrandt como pintor cayó en picado... Los problemas financieros fueron tan graves que en 1656 fue declarado insolvente... Todas sus posesiones, sus obras y las obras de otros pintores, su colección de cachivaches, su casa de Amsterdam y sus muebles fueron vendidos en tres subastas en 1657 y 1658.

Aunque Rembrandt no estuvo nunca completamente libre de deudas y de deudores, cuando llega a los cincuenta años es capaz de encontrar un poco de paz. El calor y la profundidad de las obras de esta época muestran que las desilusiones no consiguieron amargarle. Al contrario, tuvieron un efecto purificador en su visión de las cosas... En 1663, Hendrickje muere y, cinco años más tarde, Rembrandt es testigo del matrimonio y de la muerte de su querido hijo Titus. Cuando Rembrandt muere en 1669 es un hombre pobre y solitario...

Cuando miro al hijo pródigo, de rodillas ante su padre, apoyando la cara contra su pecho, no dejo de ver al que un día fuera un artista autosuficiente y venerado, que ha llegado a comprender por fin que toda la gloria que había conseguido era gloria vana. En lugar de la ropa cara con la que el joven Rembrandt se retrató a sí mismo en el burdel, lleva una túnica sobre los hombros que cubre su cuerpo enfermo; y las sandalias con las que había caminado hasta tan lejos, están ahora gastadas y ya no sirven.

Pasando mi mirada del hijo arrepentido al padre compasivo, veo que los destellos de luz de las cadenas de oro, los cascos, las velas y las lámparas escondidas, han desaparecido y han sido sustituidos por la luz interior de la vejez. Es el movimiento desde la gloria que seduce en la búsqueda de la riqueza y de la fama, a la gloria que se esconde en el alma humana y que va más allá de la muerte.

EL CUADRO DE REMBRANDT (HACIA 1663)

Conocida la historia del pintor, comentamos su cuadro titulado "El regreso del hijo pródigo".



Son seis los personajes del cuadro. Tres de ellos observan la escena desde la sombra. Nuestro interés se centra en los otros tres: el padre, inclinado sobre su hijo menor, este, que arrodillado descansa su cabeza en su vientre, y el hijo mayor, de pie.

EL PADRE Y EL HIJO MENOR

La luz se concentra en la escena del padre y el hijo, dando a entender que son el centro del cuadro, y en el rostro del hijo mayor.

Contrasta **LA RIQUEZA DE LAS VESTIMENTAS** del padre y del hijo mayor, señal de nobleza, con la miseria que desprende la apariencia del hijo menor, que apenas viste una

túnica, a modo de ropa interior. Todo lo demás lo ha perdido.

UNO DE SUS PIES está descalzo y herido y el otro cubierto por una zapatilla rota e inservible, reflejo del largo camino recorrido y del difícil proceso interior por el que ha tenido que pasar hasta llegar a la casa y al seno de su padre.

LA CABEZA está calva, en claro contraste con la abundante cabellera del cuadro "El hijo pródigo en la taberna", y junto con los rasgos de **SU ROSTRO**, recuerda la de un recién nacido. La apoya en el vientre del padre-madre, que parece encogerse para hacerle hueco y acogerle en su seno. Su regreso lo es al amor originario del padre-madre que le dio la vida, en cuyo vientre parece entrar de nuevo para volver a nacer.

LOS ROSTROS, tanto del padre como del hijo, aparecen relajados y reflejan serenidad y paz pero también cansancio:

- *EL DEL HIJO* por la dureza del camino y el largo proceso interior que ha hecho desde su salida de la casa paterna hasta su retorno a ella. El tiempo transcurrido entre “El hijo pródigo en la taberna (1635) y “El regreso del hijo pródigo (hacia 1662) es de casi treinta años.
- *EL DEL PADRE* por el paso de los años y la larga espera. Ambas realidades, sin embargo, han favorecido que, a la vuelta de su hijo, todo en él estuviera preparado para acogerlo y recibirlo en lo más íntimo de su ser.

LA ESPADA corta, tan diversa de la larga del primer cuadro, indica que, a pesar de todo, conserva algo de su dignidad y bondad original, lo que le ha permitido reflexionar cuando se encontraba en un estado lamentable y emprender el camino de vuelta a casa. ¡Nunca el ser humano se pierde totalmente! Siempre queda en él algo del amor con que fue concebido.

LOS OJOS ciegos del padre expresan una profunda visión interior que no considera la vida frívola de su hijo sino el fondo de su corazón arrepentido. Su cuerpo inclinado refleja el gozo por su vuelta y se abre para acogerlo, amarlo y conducirlo a lo más íntimo de su ser, donde fue engendrado y donde vuelve a engendrarlo para que nazca de nuevo.

Nos hemos referido al padre como *PADRE - MADRE*. ¿Por qué? Por *SU VIENTRE*, que se abre para acoger al hijo en su seno, y por *SUS MANOS*, apoyadas sobre la espalda del regresado. La diferencia entre ambas es evidente: mientras una es masculina, ancha y fuerte, la otra es femenina, suave y delicada; una sostiene mientras la otra acaricia. Rembrandt pinta al padre, que representa a Dios, como padre y madre, poder y suavidad, fuerza y delicadeza. Todo su cuerpo, suavemente inclinado sobre él, crea un espacio amoroso que le rodea, como una madre que estrecha contra su pecho a su hijo recién nacido,

En “El retorno del hijo pródigo” Rembrandt no solo retrata el texto bíblico de Lucas, sino también su propio proceso vital de casi treinta años, desde su loca juventud reflejada en “El hijo pródigo en la taberna” (1635), hacia 1662, cuando pinta este cuadro.



EL HIJO MAYOR

La última figura a observar es la del hijo mayor, a la derecha del cuadro.

*Es un hombre alto y elegantemente vestido. Su **POSTURA** recta expresa dureza y rigidez. Sus **BRAZOS Y MANOS** permanecen pegados al cuerpo, a diferencia de los de su padre que los abre y hace reposar sus manos sobre la espalda del recién llegado para acogerlo y se inclina sobre él para rodearlo y hacerle hueco en su seno.*

Todo en él es perfecto: su porte y sus ropas, sin un detalle fuera de lugar, pero inexpresivo y sin emociones, en claro contraste con su padre y su hermano que las reflejan en toda su persona.

*Su **ALTURA**, muy por encima de su padre y de su hermano, denota conciencia de superioridad y **LA DISTANCIA** a la que se mantiene lejanía interior de lo que ambos viven, sin expresar el más mínimo sentimiento o deseo de participar de un encuentro tan significativo y emotivo.*

***EL BASTÓN** en el que se apoya se funde con su persona, dura y sin movimiento, mientras su rostro permanece inexpresivo, al contrario de la ternura que expresa el de su padre.*

Todo su lenguaje no verbal refleja el interior de un hombre que se considera perfecto y superior a su hermano, a quien juzga y condena, duro de corazón, lejano e impasible, incapaz de acercarse o manifestar afecto. La distancia entre su corazón y el de su padre es enorme, mucho mayor que la que ha recorrido su hermano para regresar a su casa.

El hijo menor se fue y estuvo lejos, pero ha vuelto, mientras que el mayor, que nunca se fue, nunca ha estado ni muestra deseo de querer retornar al seno de su padre, con quien no se identifica.

CONCLUSIÓN

¡Cuánto da de sí una obra de arte cuando es reflejo de toda una vida! Es admirable el modo como el cuadro de Rembrandt retrata el corazón de Dios y los diversos modos que tenemos los humanos de situarnos ante él.

Hasta aquí nuestro comentario de hoy. Como ya dijimos, el próximo se centrará en Lucas 15,11-32 y será continuación de este.

Que el Espíritu Santo nos siga iluminando.

Un gran abrazo.

Carlos Rey - SDB